

CORDÓN GARCÍA, José Antonio. Prólogo al Diccionario de Bibliología y Ciencias afines de José Martínez de Sousa. Gijón, Trea, 2004.

Prologo
José Antonio Cordón

Por Bibliología no se ha entendido siempre lo mismo existiendo notables diferencias entre la concepción omnicomprendiva de Otlet, o las más recientes de Estivals, Jacques Breton o Serrai. Pero independientemente de que se aplique un criterio más restrictivo o más amplio al objeto de la misma, que ha pasado de ser el documento en general (Otlet), el libro (Serrai), el escrito (Estivals), el escrito impreso (Breton), todos coinciden en que su finalidad es el estudio de los procesos implicados en la comunicación escrita. En este sentido no habría que hablar de Bibliología sino de ciencias bibliológicas ya que en este proceso los fenómenos implicados son múltiples y las ciencias concernidas también, desde la Psicología a la Lingüística, desde la Sociología a la Computación, constituyendo la Bibliología la ciencia general, y las perspectivas científicas desde las cuales es contemplado el libro, o el escrito las ciencias particulares. Así pues el dominio específico de la Bibliología es el estudio del escrito, de la comunicación escrita y de los fenómenos que intervienen en la misma.

A pesar de la amplitud del ámbito y de la importancia de su objeto la Bibliología no es un campo que haya producido una literatura muy significativa. Lo que no deja de ser sorprendente desde el momento en que libros y comunicación escrita, incluso en esta era de comunicación electrónica y redes de información global, se erigen como el medio por excelencia de comunicación científica en todo el mundo. Los procesos de creación, edición, impresión y distribución y consumo constituyen puntos centrales en la comunicación. Pero hay pocas “teorías” acerca de los mismos -esfuerzos por comprender los “porqués” y los “cómos”. Pocos científicos han dedicado su atención a este campo. Al contrario existe un extenso sector académico cubierto por los estudios sobre comunicación. Existen muchos diarios y otras publicaciones en este ámbito pero raramente dedican espacio al estudio del libro en particular y de la Bibliología en general.

La mayoría de la literatura sobre Bibliología concierne a muy pocos países, principalmente Francia, Canadá y los países del antiguo bloque soviético. Al no haber sido los países anglohablantes los pioneros en el desarrollo del estudio de esta materia la mayoría de los materiales publicados están exclusivamente en Francés y por lo tanto tienen escasa repercusión internacional. Incluso se podría hablar del escaso interés existente acerca de los aspectos internacionales de la Bibliología a pesar del hecho de que representa, tanto desde el punto de vista de la práctica como desde el de la investigación, una empresa de dimensiones internacionales. No existen obras de referencia normativas y autorizadas sobre la Bibliología, y publicaciones periódicas con una dimensión internacional tampoco hay demasiadas y las pocas que hay apenas son conocidas y valoradas debido, fundamentalmente, a las fronteras que impone la lengua.

Otro gran problema con los escritos sobre Bibliología es que mucho del material existente es Literatura Gris, consistente en folletos, informes, comunicaciones a congresos, seminarios, etc. Dada su naturaleza efímera esta literatura se pierde rápidamente. Además no está catalogada y rara vez se encuentra en una biblioteca. Aquellos que producen este material, parecen tener escaso interés en conservar un registro permanente de sus publicaciones.

Es igualmente muy significativo como en las instituciones académicas un elemento nuclear en los sistemas de comunicación como es el universo bibliológico no ha merecido ningún interés. Nos encontramos con que existen poquísimos programas de formación que incluyan la Bibliología dentro del ámbito académico, y sólo una minoría de universidades ofrece titulaciones específicas en las que se incluye algún aspecto, aunque considerado parcialmente, de este campo.

Por alguna extraña razón la Bibliología ha desaparecido, o simplemente nunca ha estado presente, con carácter expreso, entre los rincones académicos. Las Facultades de Documentación han enseñado tradicionalmente a los estudiantes a controlar y gestionar ésta mediante la enseñanza de técnicas de descripción, catalogación, clasificación, resumen e indización. Un especialista en documentación conoce todos los rudimentos que le permitirán conocer y recuperar la información y la documentación disponible, así como facilitar su conservación. La orientación fundamental se dirige a las obras de todo tipo y en todo tipo de soportes una vez que estas han sido publicadas. De tal forma que queda al margen todo el proceso previo que caracteriza a lo que tradicionalmente denominamos como cadena primaria de la información. En términos generales muy pocos estudiosos de Ciencias Sociales se han aproximado a la Bibliología como disciplina de investigación. La rama de Sociología del Conocimiento o la de Sociología de la Ciencia rara vez se ha preocupado por la comunicación escrita como un aspecto nuclear de sus investigaciones. En todo caso, cuando lo ha hecho y referido sobre todo a la producción científica a través de artículos de publicaciones periódicas, se ha preocupado por la creación y uso de la investigación, pero raramente con la formas de transmisión de este conocimiento. Incluso el estudio académico del uso del conocimiento, desde el punto de vista de la bibliometría o de la cienciometría, únicamente ha considerado como los científicos e investigadores utilizan el conocimiento pero muy infrecuentemente cómo esta información es comunicada. Quizá la razón de estas carencias radique en la ausencia de publicaciones especializadas que pudieran dar cabida a estas investigaciones, y por lo tanto la inexistencia de público interesado en su lectura y asimilación. Pero este es el problema del huevo y la gallina: existen pocas publicaciones porque no hay investigadores o no hay investigación porque no hay publicaciones que le den salida.

Una realidad incontrovertible es que existe un campo de investigación autónomo, potente y con una capacidad de proyección sin limitaciones, que es el que abarca todo lo relativo a la comunicación escrita, desde todos los puntos de vista. Existen personas preocupadas por analizar este extenso campo, existen publicaciones que dan fe de ello, lo que falta y les resta visibilidad, es la agrupación de estos estudios, que existen, en publicaciones que sirvan para homogeneizarlos y conferirles un cuerpo y un canal del que hasta ahora carecen. De todos modos se puede afirmar que las universidades, centros de investigación e investigadores en general han ignorado en gran medida al libro, la Bibliología, a la comunicación escrita en definitiva, como objeto de formación y estudio.

Que no haya habido una presencia y continuidad en el ámbito académico no quiere decir que no hayan existido hitos constitutivos y una tradición rastreable fundamentadora de una epistemología propia. En este sentido hay que considerar los trabajos de Otlet, como pioneros de una concepción científica de la materia, los de Robert Estivals como consolidantes de una sistematización heurística y hermenéutica y los Martínez de Sousa como articulantes de un esqueleto lexicográfico propio.

Vivimos en un universo lingüístico en el que las cosas son lenguaje y el lenguaje es una cosa. No vivimos la realidad a secas, sino la realidad según ha sido construida, conformada, seleccionada y categorizada por una lengua, que da forma a las percepciones y permite ubicarlas en un contexto comprensible. Si esto es así en los procesos de comunicación general, lo es también, incluso con mayor intensidad, en el ámbito de la comunicación especializada, en el que la sistematización de una terminología, la estructuración de un vocabulario que le es propio, permite no sólo una mejor comprensión de los procesos que le afectan sino una apertura cognoscitiva a otros ámbitos especializados que comparten matices colindantes. De ahí la importancia de la Lexicografía como instrumento de fijación y estructuración de las herramientas lingüísticas del científico.

Y es en este ámbito en el que hay que ubicar los trabajos de José Martínez de Sousa, en general, y el Diccionario de Bibliología que hoy nos ocupa en particular.

José Martínez de Sousa no necesita ninguna presentación que pondere su valía como lexicógrafo. Sus casi 40 años de trabajo en este campo le avalan como uno de nuestros más dignos especialistas, desarrollando una labor en la que siempre se han combinado la práctica lexicográfica y la reflexión sobre la práctica, ejecutando aquello que Farrington denominó con acierto como “Mano y Cerebro”, esto es, la tarea de todo científico que se precie, del ensimismamiento reflexivo, por una parte y su plasmación práctica por otra, del hacer endógeno y del exógeno del que hablaba Ortega. Si Quérard en el Siglo XIX se había autocalificado como “un mártir de la bibliografía”, no sería exagerado parafrasear al sabio francés para considerar a nuestro autor como un esclavo de la Lexicografía, a la que ha dedicado, por lo menos la mitad de su vida, convirtiéndose en uno de esos “faquines” de la República de las letras a los que se refería Menéndez y Pelayo, cuando consideraba la labor esforzada de tantos investigadores que, de manera callada, pero sin interrupción, van sacando al mundo unas obras, sin las cuales, este no sería igual.

Y la obra de Martínez de Sousa comparte esta condición, la de modificar la realidad científica precedente a partir de su publicación.

La Bibliología en España era prácticamente desconocida hasta que, en el año 1989, Martínez de Sousa, conocedor de la tradición occidental en este campo y deseoso de articular una concepción novedosa y omnicomprensiva de procesos y conocimientos que hasta entonces aparecían dispersos y arbitrariamente repartidos entre los rincones académicos dominantes, decide levantar la bandera de esta disciplina en España elaborando un diccionario que, desde el principio, fue recibido como uno de los hitos constituyentes de la disciplina, no sólo en España sino en el resto del mundo. La única empresa comparable, aunque bastante distanciada, en la concepción y en los resultados, fue *Les sciences de l'écrit* publicada poco antes en Francia. Con el Diccionario de Bibliología y Ciencias afines Martínez de Sousa demuestra no sólo su saber lexicográfico, su concepción bibliológica, sino también su condición de, parafraseando a MacLuhann, “homo typographycus”. Ya en esta primera edición de 1989 aparecían conciliadas, más bien indisolublemente unidas, las tres facetas que se pueden rastrear en todas las obras, aunque principalmente en las terminológicas, del autor: la profunda investigación lexicográfica, explorando las raíces, derivaciones y concomitancias de un lecionario que abarca el campo científico pertinente hasta en sus mínimos matices, construyendo definiciones de una factura impecable exenta de las redundancias y círculos viciosos a los que nos tienen acostumbrados otras obras similares; la prolija indagación documental que sirve de impagable apoyatura a una gran cantidad de las voces incluidas en sus diccionarios y, como no, la exquisita tarea editorial que convierte a sus diccionarios en los más “legibles” y “lecturables” de la edición española. La obra lexicográfica de Martínez de Sousa podíamos definirla con las calificaciones de claridad y

transparencia. Claridad por, como se ha apuntando anteriormente, la coherencia y sencillez, que no simplicidad, de sus definiciones que hacen comprensibles fenómenos complejos a cualquier usuario, desde el estudiante al especialista mas sofisticado, transparencia gracias a una presentación, una puesta en página que evidencia las costuras, la estructura de la obra, proporcionándole una visibilidad inmediatamente asimilable. Spencer señala que la rapidez con que puede extraerse una información en un texto construido lógicamente, depende de la manera de aparecer su estructura en la página, aplicándose esto sobre todo, a un texto formado esencialmente de unidades lógicas semejantes (referencias bibliográficas, entradas de diverso signo), dispuestas de forma que formen una lista. La rapidez con que un lector puede asimilar esta estructura y comprenderla para buscar detalles particulares de la información, depende entonces de la manera en que pueda diferenciar estas unidades en el seno de la página. Esta distinción se hace, habitualmente, con la ayuda de un código, sea espacial o tipográfico, o el resultado de la combinación de los dos. Los diccionarios están altamente estructurados, y constituidos por unidades lógicas dispuestas según un orden específico. El primer problema del lector es distinguir cada una de estas entradas en tanto que unidad autónoma (discreta). Y lo puede hacer mas fácilmente si el principio de cada entrada se diferencia netamente del final de rúbrica precedente. Una vez localizado el comienzo de la rúbrica, el segundo problema consiste en explorarla y , habitualmente, en descifrar la primera palabra, de modo que quede identificada esta entrada. El tercer problema consiste en encontrar una información particular en el interior de una entrada estructurada.

Al buscar una entrada particular el lector se construye un modelo de la estructura y su rapidez de consulta depende de la facilidad con que pueda identificar y distinguir estas entradas. La presentación y disposición de la información en los diccionarios de Martínez de Sousa en general y en el de Bibliología en particular facilitan considerablemente esta labor. La sabia combinación de la macroestructura del diccionario con la microestructura del mismo lo convierten en una auténtica máquina de suministro de significados.

Y esto que era una evidencia, una realidad manifiesta, en la primera edición se ha ido enriqueciendo en ediciones posteriores en las que la obra ha ido incorporando nuevos términos y expresiones del ámbito teórico y profesional concerniente a las múltiples ramas de la Bibliología. Incorporaciones que en esta tercera edición adquieren especial significado por cuanto adquieren una importancia no sólo cualitativa, de grado, sino también cuantitativa, de número, gracias a la integración de todo el vocabulario del *Diccionario de edición, tipografía y artes gráficas* (Trea, 2001), que recogió el glorioso testigo del emblemático *Diccionario de Tipografía y del libro* publicado en el lejano 1974, y de parte del *Diccionario de lexicografía práctica* (Spes, 1995), generando en su conjunto un corpus lingüístico especializado inigualable en el concierto terminológico nacional e internacional. Además el Diccionario cuenta con una serie de complementos que revisten un carácter estrictamente documental en tanto que representan un excelente complemento de la información textual, como son las abundantes ilustraciones, cuadros y letras tipográficas ejemplificadas. Complementos a los que hay que añadir una completa y exhaustiva bibliografía muy útil para el investigador que quiera ampliar los conocimientos proporcionados por el diccionario y una correspondencia frances/inglés/español que facilitará la tarea de comprensión a quien se aventura en las procelosas aguas de la Edición, la Bibliología, la Lexicografía recurriendo a otros idiomas. El conjunto de investigadores, de estudiosos, de profesionales de estas áreas de conocimiento y de trabajo está de enhorabuena pues a partir de ahora cuenta con una obra completamente renovada que resolverá si no todos los problemas terminológicos, pues un diccionario es por vocación y por definición siempre perfectible, si gran parte de ellos.

José Antonio Cordon
Universidad de Salamanca